



Alma Guillermoprieto, en Guadalajara (México). Foto: Natalia Fregoso

nómica mundial, y esa crisis refuerza la de los medios y yo la resiento, la resiento porque estoy nadando en medio de ella.

P. ¿Cómo hemos llegado a esto?

R. Sin saberlo, un día aprendimos a usar una computadora. Me acuerdo de que escribí mi primer libro en una computadora con letras verdes. Iba clac, clac, clac... Iban apareciendo unas letritas verdes en una pantalla negra. Ninguno de nosotros fue capaz de imaginar lo que iba a pasar entonces. Creo que los medios se montaron muy tarde en el cambio, y eso fue lo que hizo que llegáramos a esta situación. Y otra cosa ha sido que, hasta donde yo entiendo, y no entiendo nada de plata, ningún medio ha sido capaz de aprender a vender en la Red algo que los usuarios quieran comprar sin saltarse los anuncios. El día que se descubra eso, los medios van a ser hipermillonarios y van a poder tener una cantidad de reporteros repartidos por el mundo, otra vez haciendo cobertura internacional.

P. La Red ofrece un instrumento para navegar, pero no es el barco.

R. Cada día es más el barco; no tengo la menor duda de que los periodistas jóvenes van a armar ese barco, le van a poner el velamen, los remos, y lo van a llevar adonde sea.

P. O sea que su generación va a tener que decir de veras adiós a Gutenberg.

R. Es que es raro un novelista que produzca una gran obra después de haber cumplido los 60 años. Escasea. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con nosotros?

P. ¿Cómo se hizo usted periodista?

R. Por accidente, en 1978. Mi madre tenía un amigo que era periodista, editor de *Latin American Newsletters*, John Rettie. Necesitaba una persona que le enviara material. Acabé diciéndole que sí. Y le enviaba un resumen de lo que leía en los periódicos. Seis meses más tarde vi en la televisión a un conjunto de gente dichosa en un lugar llamado Managua acompañando a unos muchachos guerrilleros. Acababan de canjear a sus presos encarcelados por la centena de reos que se habían tomado en el edificio del Congreso del dictador Anastasio Somoza. Me dije: “¡Quiero estar ahí mañana!”. Pedí dinero prestado para el pasaje. ¡Quería estar ahí! El golpe de Estado de Pinochet en Chile me había deshecho el corazón, y cuando cinco años más tarde se produce esta cosa maravillosa, yo me quiero subir al avión y verlo.

P. Les decía a los estudiantes los errores que cometemos los periodistas. ¿Cuáles son los más graves?

R. El sentimentalismo, la condescendencia, la pobreza. Vamos a reportear siempre a los pobres, porque ellos no tienen abo-

“Los que ejercimos este oficio vivimos muy felices, fuimos como Marco Polo, descubridores de nuevos mundos”

gados, no nos van a montar una demanda por lo que digamos de ellos. Insisto en que deberíamos reportear a los ricos con la misma obstinación, pero no lo hacemos porque los ricos tienen poder. Otro error: confundir la denuncia con ser contestatario.

P. ¿Qué aprendió de este oficio?

R. Del oficio, no sé. Te cuento lo que he aprendido reportando en este mundo en el que vivo. En América Latina, la inmensa mayoría de la población es pobre, y yo, por una simple cuestión de representatividad democrática, le he dedicado 30 años a escribir sobre esa mayoría. La gente a la que yo he reportado ha resultado siempre más mañosa, más capaz de sobrevivir, más llena de humor, más irreverente y más sagaz de lo que nosotros pensamos. No viven en la autocompasión, de manera que he intentado no escribir nunca buscando que mis

lectores digan: “¡Ay, pobrecitos de los pobres!”.

P. Dentro de poco, 60 años. ¿Reportera para siempre?

R. De momento, jardinera para siempre. Yo ahorita tengo ganas de regresar a mi jardín. ¿Te acuerdas de ese momento final de *Candide*, de Voltaire? Candide se encuentra con su viejo amigo el doctor Pangloss y con su amada; después de haber pasado por todas las guerras, desastres, plagas y torturas, Voltaire hace decir a su personaje, Candide: “Y ahora, mis amigos, hay que ir a trabajar al jardín”.

P. ¿Y hemos sido felices en este oficio?

R. Cuando a mí me hagan la entrevista de los últimos de la especie, quiero que quede claro que los que ejercimos este oficio vivimos muy felices, que fuimos como Marco Polo, descubridores de nuevos mundos, y que el escribir, caminar por paisajes que embelesan y conversar con la gente que más ha sufrido o que más alegría ha dado, presenciar los hechos que han conmovido al mundo y vivir, como los gatos, siete vidas en una sola, todo eso ha sido un privilegio y una maravilla. •

EL PAÍS.COM

► Entrevista íntegra a Alma Guillermoprieto en Internet.

► La próxima semana: Tomás Eloy Martínez, periodista y escritor argentino.